

LA PROTESTA

DIARIO ANARQUISTA de LA MANAÑA

Interés y otros dirigidos a Mariano Torrente

Correspondencia de Redacción
a LA PROTESTA

(No se devuelven los originales)

¿Por qué guerrean los pueblos?

La grande y criminal mentira que lanzaron a la publicidad los explotadores que lucran escandalosamente con la actual hecatombe, refiriéndose a la pretendida conciencia de los pueblos que se destronan entre sí con un encarnizado zancapeto nunca visto, a los cuales los canales patrióticos atribuyen una perfecta idea del por qué combaten desde hace más de tres años, se ha descubierta ya, y hoy apenas si existe ignorantes que crean qué de verdad los millones de seres inmolados, saben por qué y para quién luchan en las trincheras, en el mar, en el aire, en todas partes, en fin, donde la barbarie es la que preside el agouamiento de un mundo en grito de una civilización que no es suya.

Nunca supieron los pueblos debido a cuales circunstancias lucharon ni que significaron tantos símbolos de escudos y banderas. La plebe es arrasada al sacrificio como lo es el ganado cuya carne se destina al consumo de una ciudad, ni más ni menos.

Está bien demostrado, pues, que los políticos, diplomáticos, militares, publicistas guerrafilos, etc., mienten con toda la infame audacia de que son capaces, cuando afirman que las masas proletarias abandonan las herramientas de trabajo para tomar las del crimen, con plena conciencia de lo que hacen.

Los pueblos, para que se sepa bien de una vez por todas, ignoran en absoluto de que se trata en una guerra; lo único que ellos saben, a lo sumo, es que si se rebelan, de a un hombre a la vez, son inmediatamente fusilados sin ningún miramiento.

Leed si queréis asegurados de la estabridad belica y la economía de los soldados, lo que dice a este respecto el escritor alemán Ulrich Kaerst, en un artículo suyo publicado en el periódico «Kreuzzeitung», de Amsterdam:

«Como soldado, yo mismo he ingerido durante meses a los soldados en todos los frentes, y he encontrado que entre los del Rin, los bávaros y silesianos el 10 por 100 no sabían el nombre del Emperador.

En el verano de 1915, el 1 por 100 de nuestros soldados no sabían ni aun con las potencias que estábamos en guerra, y aun hoy el 3 por 100 ignoran que estamos en guerra con el Japón.

En casi todos los regimientos encontré cabos que creían que combatíamos contra el emperador Napoleón.

El 60 por 100 de nuestros soldados no sabían el nombre de nuestro jefe de Estado Major y el 40 por 100 ignoraba si los Cárpates están en el frente oriental o en el occidental.

¿Qué tal? Soldados que conocen tan bien la geografía y que suponen, entre otras cosas, que aún anda vivo y coleando Napoleón Bonaparte, ¿pueden tener conciencia del por qué combaten y para quién, y de cual es esa tan cicarada civilización tras que se esconden tantas locas ambiciones inconmensurables?

Y quien dice de la crasa ignorancia del pueblo alemán unido al carrerón trágico de los cañones, no puede menos de aludir a la de los otros pueblos, también luchadores por propia voluntad en Francia, Inglaterra, Italia, Bélgica.

En esta heroica matanza de seres humanos; en esta destrucción de ciudades y diezmar de campos; en este pisotazo de hombres inocentes como un Sebastian Faure, los que mejor están al tanto de los verdaderos móviles y probables resultados de la conflagración europea, son los trabajadores de ayer, y asesinos, fratricidas hoy, malgrado ellos mismos.

Al entrar las horras obras de sangre y de pólvora en una ciudad recientemente conquistada, ¿saben sus componentes en honor de cual trapo y que

suma destruya este nuevo Cagliostro por tentado.

¿Conque Lenin y Trotsky son unos vulgares agiadores de malanas posiones?

«All Rights» — ésta muy satisfecho Lloyd George; Lenin y Trotsky son dos porcos al lado mio en asuntos de democracia, demagogia... y socialismo.

Claro está que el Lloyd en cuestión, latero crónico, tiene derecho a que se le punalicen todas las manecanas que dice (60 por minuto, sin descanso); de ahí que estingamos oportuno, pese al chaparrito suizo, creer tanto en el socialismo de Lloyd George como en las predicciones de Mme. de Thébes, que Dios la tenga en su especial gloria...

Conflictos ferroviarios

Huelgas parciales

En varios ferrocarriles se han declarado huelgas parciales. Son esas las consecuencias lógicas del último arreglo fraguado por los camaleones en el ministerio de Obras Públicas y en el despacho presidencial. Los obreros demuestran decisión y energía, empleando la acción directa y revolucionaria, atacando a los capitalistas en sus intereses, ya que saben por experiencia los frutos que da el pacifismo.

Pero, ¿qué actitud observan los dirigentes de la F. O. F. y «La Fraternidad»? Han vuelto a las andadas pretendiendo conjurar la huelga, acudiendo al ministerio de Obras Públicas para pedir su intervención. Los farfameos se quejan de que las empresas hagan resistencia a la reglamentación del trabajo sancionada por el Poder Ejecutivo, como si esa reglamentación sintetizara las aspiraciones proletarias.

Y dicen que esa intransigencia de las empresas es la causa principal de los nuevos conflictos.

¿No les dará vergüenza volver a repetir la farsa, perdiendo el tiempo en inútiles tramitaciones, cuando debieran encantar las huelgas parciales por el verdadero sentido hasta convertir las en huelga general?

Los ferroviarios no deben dejarse enganar una vez más. Es necesario que se impongan a los dictados de esa carabilla que roga las soluciones visitando al ministro de Obras Públicas o al Presidente. Si son capaces de abandonar unánimes el trabajo y dar a la lucha un carácter netamente revolucionario, no nos explicamos como pueden tolerar a individuos que se arastran a los pies de los gobernantes y aceptar los arreglos que se firman en complicidad con los mismos capitalistas.

Ni las promesas de los gerentes de las empresas ni las sanciones del Poder Ejecutivo pueden ser garantías suficientes para reanudar el trabajo. La huelga debe seguir hasta tanto los capitalistas depongan su actitud intransigente entrando en arreglos directos con los trabajadores y reconociendo su organización. La disciplina que impera en los talleres y estaciones ferroviarias, debe quebrarse de una vez, y la autoridad jerárquica que divide a empleados y obreros, desaparecer para mejor desarrollo de las ideas solitarias entre los hombres. Hay que tener en cuenta que los triunfos no deben ser solamente materiales, sino morales, tratando en lo posible de eliminar las categorías que dividen aun a los hombres de una misma clase: la clase oprimida y explotada. No debe existir diferencia de miras entre el empleado y el obrero; ambos son explotados, aunque esté más bien remunerado el trabajo de uno que el de otro.

Las huelgas ferroviarias, tan repetidas en estos últimos meses, tienen causas diversas que concurren a producir las, sobresaliendo en primer término la desmedida ambición de los capitalistas que explotan esas empresas poderosas, que dan augmente a sus accionistas pingües ganancias mientras que los productores apenas ganan lo suficiente para no morir de hambre.

Es necesario, pues, que los trabajadores del riel cambien de táctica no aceptando los medios legislativos que emplean los mangameadores de la F. O. F. y de «La Fraternidad».

Acción directa es la única arma capaz de dar el triunfo. No lo olviden los obreros ferroviarios.

RICARDO NIVELLI

«Yo no soy como aquellos

Que no ven la belleza de nada:

Me descubro y admito al artista

Que pinta con todo y esculpe con dagas.

Almafuerte,

No lo conozco. Nunca me fué dado ver sus ojos, que yo los supongo serenos y claros, como esos días tropicales en que natura, parece estuviere en ímimo comubio con la madre tierra, fecundando gérmenes de vida. No estreché su mano. Más la siento en mí, en las mías, seguras, fuertes, haciendo en ellas latir su corazón de viviente, su corazón de apóstol, su corazón de mártir.

Su obra? Grande, como el ideal que levantó su vida. Solemne y sana, como las convicciones que le hicieron paír ideas de redención. Y eso me basta para romper aquí, dolorido, anhelante, mis cañatas de blasfemias, a cuyo son, habré de cantar mis odios y alegrías, que lleven a la infamia echa ley o autoridad, el salvazo que cayere en la frente del abyecto.

Foppiano, triste parásito que vendió como el judas de la leyenda, no sólo a su pueblo y a su raza, a su honra y a su dignidad, por la moneda oxidada del cobre corruptor. Incapaz de respetar su vida, cuando pudo tener integridad, pretendió abofetear, con sus humillaciones cobardes, la altivez de los hombres de verdad que les roca en suete, para ejemplo de unos y satisfacción oprobiosa de los otros, caer a la ergástula que comandara el auzal, el corrompido, el difamador que llaman Foppiano.

Y aquel otro: Guerchi. Emulo de aquella vergüenza de los hombres, Ugarte; vergüenza de los pueblos, no podía haber producido otra obra: la calumnia, la infamia, la compra y venta del juez prevaricador e impúdico y en la subasta de las degradaciones su conciencia de merceder y de tráfingado.

Ambos han estado en sus papeles. Espíritus apóstas, incapaces del bien, aún por egoísmo, hicieron cumplir el complot: sepultar a un hombre capaz así moral como intelectualmente, en las mazmorras inmundas de un presidio, donde debieran estar para ejemplo de todos, esos desvergüenzados.

Nivelli hermano: Sobre la infamia, tu altivez de luchador y de hombre, y con ella, la de todos los compañeros que se alzan fuertes, incapaces de desmayar en la conjencia ardua, para luchar contra esta canalotracia entronizada, que pretende hundirte hoy en el fango de sus oprobios.

Contra el oprobio, contra la infamia, contra el crimen, la conciencia austeramente de nuestras personalidades libres.

Y ahora, hermanos y mártir, somos nosotros, vuestros compañeros, los que os daremos libertad, sino por la fuerza de la razón, por la fracción de la fuerza.

Compañeros, a la obra: a salvar al hermano caído entre los asesinos delevia!

José Alberto ARRIETA.

TIERRA LIBRE

En esta conmovición, tan violenta como profunda, algo se desplomará roto a polvo para siempre. Parásito, susurrador, ¿qué surgirá? Sin duda alguna una sociedad más humana y un mundo nuevo sobre una tierra libre.

Todo lo viejo, tanto en el orden de las ideas como de los sentimientos, desparecerá en ese choque formidable de las ideas solitarias y de las ideas colectivas.

¿En qué molde se va a fundir ese mundo nuevo, salido de entre tantos escombros y del fondo de tantos dolores? Como de lo antiguo poco quedará: en pie, habrá que aguzar la fantasía para adelantarlo, entreteviéndolo en sueños. Algunos escritores, con espíritu profético, han sostenido el porvenir y nos han adelantado la visión de ese mundo futuro todavía oculto entre impenetrables nieblas. Una fórmula de ese vivir nos la ha dado el gran escritor inglés Wells en sus «Anticipaciones». Según él, el progreso moral habrá transformado por completo el alma de la sociedad de mañana, eminentemente democrática, y los adelantos científicos, con prodigios de invención, servirán para hacer más dichosa a por lo menos más cómoda la existencia de los hombres con la difusión y el embellecimiento de las grandes ciudades. Pero, ¡ay! Wells también preconiza, después de ponderar tantas maravillas, el estallido de nuevas guerras, gracias a los progresos de la técnica que las ya conocidas, acaso aun contando la presenja. ¡Siempre el trágico espectro de la guerra!

«LA PROTESTA»

SUSCRIPCIÓN

Suscripción mensual ... \$ 1.60

Exterior ... \$ 1.80

Número suelto ... \$ 0.05

La otra fórmula de una sociedad futura, más equitativa y más perfecta, si perfecta puede decirse tratándose de una cosa humana, nos la ha ofrecido el ilustre escritor austriaco Hertzka en su famoso libro «Freiland» («Tierra libre»).

Es una obra que muchos han estimado fundamental, una especie de nuevo evangelio para las generaciones nuevas. Allí discutió, unos la han considerado como anarquista, otros la censuraron como empapada del socialismo y no pocos la defendieron por su espíritu conservador, que sabe conciliar las esperanzas del pasado con las necesidades de los tiempos modernos. A lo largo de sus páginas se advierten en la orientación económica, reminiscencias de Spencer y de Smith y en cuanto a la organización social se desdibujan las inspiraciones de Marx o de Proudhon, cuando no las rebeldías revolucionarias de Kropotkin.

Yo acabo de leer «Un viaje a tierra libre». Hertzka, poniendo un poco su imaginación a prueba, ha fingido esa narración novelesca para exponer sus teorías de un modo que más vivamente pudieran llegar, impresionándola, al alma de las muchedumbres.

¿Dónde está esa nueva tierra de promisión? En el libro es un punto imaginario y se llama «Edenthal» («Valle del Edén»).

De todos los países del mundo las gentes han acudido a ese país maravilloso, no tanto por la feracidad del suelo, sino por lo admirable de su organización económica, social y política. Allí hay constituida una asociación de libertad social y de justicia, es decir, una asociación que debe asegurar para cada uno el pleno y entero producto de su trabajo personal en la extensión sin reserva de su derecho de libre vocación. Todo un programa comunista.

En este mundo, viejo ya de tantos siglos, todas las iniciativas individuales por poderosas que sean, encuentran resistencias atáxicas y obstaculosas casi siempre, si no siempre, invencibles, como son los prejuicios, la ley de las costumbres, los intereses creados y los privilegios seculares. La desigualdad humana es irritante, la injusticia social es «corriente». Sin embargo, nadie puede de intentar echar abajo ese valladar a todo progreso. Al servicio de la desigualdad y de la injusticia está la fuerza.

Por ello los menos hacen esclavos a los más. Así es imposible vivir en paz. De ahí el estado de lucha aguda, permanente. Por más que los hombres quisieran llegar a una inteligencia, nunca lo podrían lograr en este mundo viejo porque entre ellos median veinte siglos de odio.

En esa sociedad nueva, tal como se crea en «Tierra libre», una nueva moral se había de imponer al individuo y a la colectividad. Allí, en vez de fomentarse el odio, se había de fomentar el amor. Y además, cada cual sería libre en una tierra libre. Como la libertad es prenda de justicia, acuar da así esta existencia sería completamente feliz. Ni luchas, ni guerras. Las rebeldías revolucionarias no pueden nacer de la esclavitud; el espíritu belicoso que empuja a destruir los unos a los otros en busca de una victoria que sólo representa dominio por la fuerza lo aconseja el odio y lo alimenta la codicia, haciendo estallar el instinto de rapina o el bajo sentimiento de envidia que hay en cada hombre como en cada pueblo y que a veces se desatan, cuando no existe una disciplina moral verdaderamente férrea, con incontestable turbulencia.

